

una relación, una armonía, una correspondencia adecuada entre el nivel de una ambición literaria y el nivel de seriedad con que dicha ambición ha de ser trabajada. Ahora bien: los propósitos expresados explícita e implícitamente por Mercedes Valdivieso, tanto en el prefacio como en el curso del relato, son de grandes dimensiones. De dimensiones épicas, diríamos. Pero ello exigía también una elaboración de dimensiones épicas, una densidad objetiva, un trabajo previo de investigación y de análisis, un acopio de antecedentes significativos, una riqueza y amplitud de información tan grandes, como grande era el propósito trazado. Y ello, lamentablemente, no ocurre en *Los Ojos de Bambú*.

Es posible que nuestro enfoque parezca demasiado riguroso, o excesivo. Sólo diremos que, obedeciendo a la sugerencia que nos hace la propia Mercedes Valdivieso a través de un epígrafe tomado de Shakespeare (pág. 15), hemos escrito aquí lo que sentimos y no lo que —¿quizás?— debiéramos decir. *Los Ojos de Bambú* no sólo es una obra ambiciosa (lo que es legítimo) sino que carece de humildad (que no es lo mismo). Creemos dar una muestra de respeto a la escritora al enjuiciar su obra al nivel de los propósitos y ambiciones en que ella la situó.

H. L.

<https://doi.org/10.29393/At408-69CNHL10069>

*Cuentos norteamericanos*, antología. Selección y prólogo de JOSÉ RODRÍGUEZ FEO. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1964. xx + 558 págs.

“No hay duda de que el auge extraordinario del cuento en Norteamérica contribuyó a que se le considerase como un producto típico de la literatura de ese país. Son muchas las causas de este fenómeno y una de las más citadas es la popularidad y gran circulación de las revistas literarias, que comenzaron a publicarse en los años en que los creadores del cuento norteamericano empezaron a escribir. También se ha señalado que la brevedad, concentración y entretenimiento del género se avenían bien con el temperamento y los gustos del norteamericano, que por estar tan atareado en construir un nuevo mundo apenas tenía tiempo para dedicarse a las lecturas más extensas. Otro factor importante es que en 1836 se empezó a emplear la pulpa de madera para la fabricación del papel. Esto y los adelantos alcanzados en la tipografía aseguraron la proliferación de las revistas y periódicos donde fue apareciendo la obra de los cuentistas. La estrecha relación que existió entre estos medios de divulgación y los escritores salta a la vista cuando recordamos que Poe, Bret Harte, Ambrose Bierce, O. Henry, Stephen Crane y muchos otros se dedicaron al periodismo”.

Este párrafo de José Rodríguez Feo condensa las principales ideas que circulan en torno al excepcional fenómeno del cuento norteamericano. Porque hay que situar en Estados Unidos los comienzos del cuento moderno, con los relatos de Irving, Hawthorne y Poe en las primeras décadas del siglo XIX (sin desconocer los aportes de Balzac y de Prosper Mérimée, que por la

misma época ya escribían en Francia cuentos de corte moderno). Pero no sólo es justo reconocerles a los norteamericanos el mérito de haber iniciado el desarrollo del cuento actual y de haber consolidado el prestigio del género a través de una producción cuantitativa y cualitativamente formidable en el siglo XIX. Todavía puede discutirse si Maupassant o Chéjov valían más que toda la cuentística norteamericana del XIX, pero no cabe duda de que Estados Unidos ha dado a la literatura mundial los mejores cuentistas de nuestro siglo XX.

Una muestra representativa del historial cuentístico norteamericano es lo que nos envía la Casa de las Américas desde La Habana. El antólogo José Rodríguez Feo, poeta y ensayista, se incorporó a un sector de jóvenes escritores cubanos que se agruparon en torno a la revista *Orígenes*, durante los años que siguieron al término de la Segunda Guerra Mundial; pero a partir de 1955, junto con Virgilio Piñera, encabezó un grupo disidente que tuvo en la revista *Ciclón* (1955-1958) su altavoz de combate. En la actualidad desarrolla importantes actividades en el frente intelectual de la revolución cubana. Uno de sus trabajos es esta antología de *Cuentos Norteamericanos*, que no sólo es una amplia y valiosa selección sino también una muestra sorprendente de lo que es capaz de hacer un gobierno auténticamente revolucionario, enfrentando los afanes de la construcción del socialismo y las dificultades que le interponen sus enemigos —justamente los del país cuyos valores se exaltan en esta antología—, sin descuidar por ello las obligaciones del combate cultural.

Desde los iniciadores y demás exponentes del género en el siglo pasado hasta algunos muy recientes valores en el campo de la "short-story", figuran en esta antología. De los primeros, el libro recoge, en general, las narraciones consideradas clásicamente como representativas de cada autor. Así, recordamos haber leído también en la muy meritoria antología que compuso nuestra Lenka Franulic hace unos veinticinco años y que editara Ercilla, los relatos que ahora recoge Rodríguez Feo bajo los títulos *Rip Van Winkle*, de Washington Irving; *La caída de la casa de Usher*, de Edgar Allan Poe; *La célebre rana saltarina del distrito de Calaveras*, de Mark Twain; *Los expulsados de Poker-Flat*, de Bret Harte; *El cuarto amoblado*, de O. Henry, y también otros relatos consagrados del siglo actual, como *Los asesinos*, de Hemingway; *El Sesudo vuelve a casa*, de Damon Runyon, y *El joven audaz del trapecio volador*, de William Saroyan. A propósito de contemporáneos consagrados, nos parece extraño y objetable que Rodríguez Feo omita en su selección una muestra de Ring Lardner. Bien sabemos que oponer reparos a los criterios antológicos es, en general, tarea un tanto barata y mezquina, pero nos parece que la omisión señalada no es de poca monta. En lo demás, la selección de Rodríguez Feo resulta indiscutiblemente significativa, acertada, y razonablemente completa.

Aparte de los ya citados cuentistas del siglo XIX, muy difundidos entre nosotros, el antólogo cubano recoge en su libro los siguientes: *Wakefield*, de Nathaniel Hawthorne; la historia del desesperanzado e impasible *Bartleby*, uno de los cuentos más extraños y modernos que escribiera Herman Melville; el impresionante relato de Ambrose Bierce, *Un suceso en el puente del riachuelo del*

*Buho*, macabro alarde de imaginación que penetra con increíble audacia y patetismo en los últimos segundos de un soldado sureño a punto de ser ahorcado durante la guerra de secesión, y cuya mente trabaja febrilmente bajo desesperadas ansias de seguir viviendo; un problema de frustración desarrolla con gran habilidad Henry James en *Cuatro encuentros*, en tanto que Stephen Crane, a través de *Un misterio de heroísmo*, evidencia con claridad su nítido aporte a la renovación de la prosa narrativa en Estados Unidos al componer relatos de clara sustancia realista dentro de una técnica de estilo con elementos impresionistas.

Los cuentos y novelas de Willa Cather, entre otros, dieron la partida a una literatura narrativa de perfiles críticos implacables, que penetra con creciente lucidez en las contradicciones más dolorosas de la realidad social contemporánea en los Estados Unidos. Willa Cather, en *El caso de Pablo*, condensa a través de una delicada técnica de sugerencias la situación de un joven sensible y solitario que sueña con disfrutar del lujo y de las posibilidades de plenitud vital que la sociedad capitalista norteamericana reserva para los magnates del dinero. Esta alienación del hombre en la sociedad burguesa moderna resalta también, bajo un enfoque brutalmente naturalista, en el cuento *Los beneficios de la vida norteamericana*, de James T. Farrell. Envuelto en una técnica muchísimo más sutil que la de Farrell, el mismo gran tema de la alienación humana, con sus implicaciones de soledad, de desvarío, de múltiples frustraciones, de desencanto y abulia, de desconcierto y sin-sentido, resurgirá en los cuentos *El joven audaz del trapecio volador*, de Saroyan, y en *Un día magnífico para el pez-plátano*, de Jerome D. Salinger, este último tan desconcertantemente patético como un film de Antonioni o de Fellini.

La línea humorística que señaló Mark Twain en el siglo pasado, prolonga sus ramificaciones hasta el siglo actual a través, principalmente, de Damon Runyon y de Ring Lardner. Por supuesto que en estos autores se manifiestan realidades y técnicas muy diferentes a las del creador de *Huckleberry Finn*, y otro acento crítico. En *El Sesudo vuelve a casa*, además de innovar en el tratamiento del tiempo al narrar sólo en presente, Damon Runyon construye una imagen humorística del mundo gangsteril de los bajo fondos de Nueva York. Otro gran humorista, James Thurber, maneja con mayor decisión su talento crítico al satirizar, en *La vida de Walter Mitty*, la evasión de un hombre mediocre que vive de ilusiones heroico-cinematográficas en medio de un cerco de hastío, de rutina y de vulgaridad.

Notables cuentos ilustran en esta antología de Rodríguez Feo otra de las grandes contradicciones del cosmos humano en los Estados Unidos: la violencia y la sordidez del conflicto racial. *Septiembre ardiente*, de William Faulkner, desarrolla con trágico vigor el choque entre los negros explotados y los miembros de una clase aristocrática que ha perdido toda razón de ser. Por su parte, Erskine Caldwell, en *Arrodillaos ante el sol naciente*, describe en un estilo naturalista la humillación y degradación del negro proletario. Una cuentista negra de las generaciones más próximas, Gwendolyn Brooks, utiliza en cambio un estilo casi poético para condensar en un brevísimo relato —*La vida de*

*Lincoln West*— la tragedia íntima de un muchachito negro en una ciudad nortea.

Una nueva dimensión en la técnica del cuento norteamericano aportó Sherwood Anderson, sin duda bajo la influencia de Chéjov. "Ya no hay una trama convencional ni un desenlace determinado —escribe a este propósito Rodríguez Feo en su prólogo—; se trata de captar un estado de ánimo o una atmósfera sutil que son más reveladores de la vida íntima del personaje que cualquier dato escueto". Así lo muestra Anderson al relatar el caso de Alice Hindman en *Una aventura*, donde la vieja tragedia de la mujer sola que siente desvanecerse su juventud por aferrarse a un recuerdo y a una esperanza que jamás se realizarán. En esta orientación del estilo narrativo se sitúa uno de los mejores relatos de la antología: es *La tumba*, de Katherine A. Porter.

El cuento de Katherine A. Porter constituye casi un puente entre la narrativa chejoviana de Anderson y ciertas tendencias recientes de narración que logran conjugar lo simbólico y lo fantástico con la mejor tradición del realismo en el cuento norteamericano. Lo demuestra *Miriam*, un curiosísimo relato de Truman Capote, y también *La lotería*, de Shirley Jackson. Este último cuento —una cruel fantasía que configura una regresión hacia una etapa de sacrificios de sangre— conecta a su vez con ciertas formas de la literatura narrativa contemporánea que se ubican imprecisamente en ese amplio y confuso territorio de la fantasía simbólico-realista y de la ciencia-ficción. Para entendernos, digamos que el magnífico cuento de Shirley Jackson se asocia en nuestra mente con *El Señor de las Moscas*, la inquietante novela del inglés William Golding, que desde hace poco circula en español en un volumen de la misma colección argentina que editó *Crónicas Marcianas* y *El Hombre Ilustrado*, de Ray Bradbury. Precisamente de la serie de relatos de *El Hombre Ilustrado*, Rodríguez Feo escogió para su antología el cuento *Calidoscopio*, no sin antes haber tenido el acierto de incluir, en páginas anteriores, uno de los más brillantes relatos precursores de la ciencia-ficción: *El color que cayó del cielo*, de Howard P. Lovecraft. Otro notable antecedente de la actual literatura fantástica es el ya clásico cuento *El rey de los gatos*, de Stephen Vincent Benet.

Formas jóvenes y vigorosas del más valioso realismo narrativo, con renovados acentos críticos y humanistas, asoman finalmente en cuatro autores extraordinarios incluidos en la presente antología. Ellos son: Eudora Welty, representada con su cuento *El camino largo*; Carson McCullers, con *El transeúnte*; James Purdy, con *Noche y día*; y, por supuesto, Albert Maltz, con un soberbio relato titulado *Tarde en la selva*, historia de un combate librado con ferocidad dolorosa entre un muchacho de trece años y un viejo cesante, por apoderarse de una moneda caída en una alcantarilla: combate despiadado e inhumano que tiene como escenario —y como raíz— la jungla neoyorquina.

H. L.